

Luis Mateo Díez - www.jesumateo.com

LA IGLESIA ENCENDIDA
(Un microrrelato)

Por Luis Mateo Díez

Es frecuente que la conciencia de mi extravío provenga del sueño.

Siempre tuve la impresión de que el sueño es una suerte de viaje sin partida ni destino en cuyo trance lo más fácil es perderse.

Un viaje nocturno, una perdición que marca mi vida con la experiencia de lo que está más allá de ella, como si también el sueño promoviera la desaparición, y la vigilia supusiera en el regreso un conocimiento distinto de lo que la vida no puede darme por sí misma.

En fin, elucubraciones más o menos descaminadas, propias de un soñador que, al contrario de Lovecraft, autor al que tanto admiro, jamás logró esa lucidez extraordinaria del soñador experto, aunque lo intente denodadamente.

Creo que estuve cerca de lograrla aquella noche en que el extravío me condujo al pie de un templo que navegaba fuera del tiempo, y al decir que navegaba quiero significar que rompía las olas como si hubiera roto su anclaje en el interior de una Fortaleza erguida en un peñasco sobre un río que la circundaba con su meandro.

El templo navegaba en la noche, la Fortaleza lo contenía como un mar de piedra, el río era la huella de la soga de amarre.

El templo no lograría soltarse pero sí lograría surcar el tiempo para superarlo, arrastrar su pasado arquitectónico, su belleza herreriana de líneas precisas, un hermoso navío que habría perdido su condición sagrada, probablemente hasta la advocación a San Juan Bautista que en algún momento pudo tener, como si el olvido le hubiese robado el pasado o el abandono le hubiese sustraído el destino.

El sueño parecía el aval de aquellas pérdidas, también de su aparición y, por supuesto, de su encuentro, y yo tenía la sensación de una mayor lucidez, como si soñando se acrecentara la conciencia de una experiencia misteriosa y distinta, como si se tratara de un viaje cuyo destino en esta ocasión yo hubiese elegido, sin que el azar de soñar me lo impusiera.

El templo estaba encendido.

Su fulgor rebosaba en la noche sin que la piedra fuera incapaz de evitarlo.

No es que la piedra hubiese cedido su consistencia ni estuviese cristalizada, el fulgor la trascendía, ya se sabe que en los sueños el reflejo de la materia revela espejos imposibles, la actividad de soñar no respeta siquiera las leyes de la Naturaleza, lo opaco brilla, el hielo quema, la luz no es el reverso de la oscuridad sino la oscuridad misma.

Supe que ese fulgor irradiaba desde las paredes interiores del templo, cuando estuve dentro, alguien había encendido los lienzos de piedra, la urna herreriana contenía los signos de un mural que había crecido por las paredes como una yedra de colores derramada e invasora.

La suerte de soñar también conlleva la suerte de mirar de otro modo, la posibilidad de sentir lo que en el irrealidad adquiere otro sentido, como si el sueño no interpusiera ningún sentimiento vicario, apenas la inquietud de lo que puede verse desde la otra orilla.

Un mundo de contrastes, una pugna de colores, lo sencillo y lo complejo, la luz y la tiniebla, lo que nace y lo que acaba, lo verdadero y lo mentiroso, la tierra, el fuego, el agua, la vida y, sobre todo, la noche de la que todos venimos.

Estuve muy cerca de convertirme en un soñador experto. La iglesia encendida no era exactamente la lámpara maravillosa, pero en el fulgor había suficientes contraseñas para contemplar un laberinto que sugiere esas señales misteriosas de nuestra memoria, de nuestra memoria mítica.

Dejé el templo, caminé por la Fortaleza, había un coche aparcado en algún sitio y alguien me llamó por mi nombre.

-Eres Luis Mateo... -me dijo.

-No estoy muy seguro...-estuve a punto de contestarle.

-Soy Jesús Mateo, te estaba esperando. Es casi imposible perderse en Alarcón, pero me parece que estás perdido.

-No lo sabes tú bien... -le confesé.

-¿Quieres que veamos primero la Iglesia o prefieres que tomemos antes un café en el Parador...?